



Mi encuentro en Gerona con VALLE-INCLAN

por JOSE M.^a BALCELLS

No pretendo sorprenderles a ustedes con el título de mi artículo. En efecto, no me he tropezado nunca con Valle ni en Gerona ni en parte alguna, entre otras cosas por la poderosísima razón de que cuando el genial escritor murió, todavía me faltaban a mí siete años para nacer. Pero para encontrarse con un autor no creo que haga falta un «encuentro» físico o de carne y hueso. Basta adivinarle a uno, entender, a través del tiempo, su éste o su aquél otro por qué. Pues bien, no quisiera pecar del engatamiento de ver en las sombras, pero hasta diría que he captado, desde Gerona, una lucecita-contraseña de la personalidad valleinclanesca.

El encuentro sucedió por casualidad. Uno de mis alumnos en la clase de Historia de la Literatura, Gonzalo Valero Canales, me mostró un álbum de su abuelo, Gonzalo Valero Martín, co-mediógrafo ya fallecido, donde de puño y letra del propio Valle-Inclán estaba escrito este texto:

Eros lanzó una flecha de su arco
Tras los griegos laureles del jardín:
Voló la flecha bajo el cielo zarco,
Y se clavó en el pecho de Arlequín.
El comediante ensaya una sonrisa,
La mano al pecho traspasado llega,
Y del pecho volar siente una brisa...
—¡El espíritu es aire en lengua griega!—

La importancia de estos versos estriba en que varios de ellos son «variantes» de un fragmento de «La Marquesa Rosalinda», pieza cumbre del teatro poético de Valle que se publicó en el año 1913. Pero el aspecto curioso del problema consiste en saber si estos serventesios se compusieron antes o después de la pieza dramática, o en otras palabras, si Valle accedió a la petición de un amigo —Gonzalo Valero— dedicándole unos versos que luego «fusiló» en su obra, o al revés, si le redactó en el álbum-recordatorio los mismos endecasílabos que en su borrador preparaba para «La Marquesa...». Y aún otra hipótesis, si el formidable escritor galaico recordó a posteriori y en el libro blanco de su contertulio un trozo que en la «farsa sentimental y grotesca» pone en boca de Arlequín. En mi opinión, estamos ante un borrador que debía crear Valle-Inclán por los mismos días en que el señor Valero le solicitó «algo suyo». Y en tal caso, tenemos aquí un verdadero original del texto definitivo, que es el siguiente:

Eros lanza una flecha de su arco
tras los griegos laureles del jardín,
y va volando por el cielo zarco
a clavarse en el pecho de Arlequín.
El comediante ensaya una sonrisa,
la mano al pecho traspasado llega,
y del pecho volar siente una brisa.
¡El espíritu es aire en lengua griega! (1)

(1) Sigo las ediciones de la Colección Austral, Espasa-Calpe, S. A., 1961, y la de «Obras Escogidas», Ed. Aguilar, 1965.

Dejando a un lado la insignificante diferencia de las mayúsculas y minúsculas en principio de verso — costumbre del contorno ortográfico actual — las variantes se cifran en:

a) la puntuación (en el verso 2 se sustituyen los dos puntos por la coma; en el 3 se quita la coma; en el 7 los suspensivos se convierten en punto, y en el 8 los guiones desaparecen).

b) los tiempos verbales (*lanzó/lanza; voló/va volando; se clavó/a clavarse* (en conexión con el *va volando* anterior) y *siento/siente*).

c) el léxico: Valle se ahorra en el verso 3 la palabra *flecha* del borrador y cambia la preposición *bajo* en *por*.

Las corecciones que hace un escritor a sus propios versos resultan a veces justificadas y en ocasiones no tanto, es decir, o son rectificaciones que pulen y perfeccionan o trueques que incluso pueden desmejorar el original primitivo. Considero que un texto poético se beneficia cuando alcanza, tras los cambios, una más lograda estilística léxica, sintáctica, rítmica (lo demuestro, me parece, en un estudio sobre Miguel Hernández de próxima publicación). Pero se da el caso de modificaciones sustanciales por causas políticas y factores múltiples e imprevisibles de la vida en sociedad. Así pues, abundando en estas afirmaciones, podríamos dividir las variantes de Valle en dos subgrupos: las pulidoras (o propiamente literarias) y las extraliterarias. A esta última disección pertenecerían el *siento/siente* del verso 7 y los guiones del 8, que no se incluyen en el texto definitivo. Y en el primero de los subgrupos cabrían las restante svariaciones, todas ellas tendentes, como claramente se aprecia, a una sintaxis mucho más movida, rápida y acorde, en suma, con el dinamismo del vuelo de la flecha. Por el contrario, el *siento/siente*

siente del 7 y los guiones del verso 8 obedecen a un propósito de «relaciones públicas» con el señor Valero, personificándose el mismo Valle Inclán, que merced a dos únicas tergiversaciones complace los deseos, quizá insistentes, de aquel admirador.

Algo me resta decir todavía. Estéticamente hablando, nada del otro jueves sobre el valor de estos serventesios, donde se refleja un eco («tras los grigos laureles del pardín») de la pieza entera, situada «en el siglo XVIII, y en un jardín con cisnes y rosas», y donde comparece uno de los personajes — Arlequín — que juntamente con Pierrot, Colombina y Polichinela nos los sabemos de memoria: figuras de la comedia dell'arte. Constatamos también la típica ausencia de autenticidad de la marioneta titeresca, deshumanizada y mecánica.

El comediante ensaya una sonrisa,
la mano al pecho traspasado llega,
y asimismo, la escasa inventiva de las rimas,
unas ya experimentadas por el autor, como por
ejemplo arco-zarco. Aduciré un botón de muestra,
una cita del *Tablado de Marionetas* que se titula «*Farsa italiana de la enamorada del Rey*». Habla don Facundo:

Y espera el comediante sobre el zarco
símbolo del telón que afora el arco. (2)

Y aún un proceder bastante logrado como el del verso final, el juego del traslado idiomático, lo ensaya éxitosamente Valle en otras páginas:

Y el nombre sabio sigue la broma,
Cacao en lengua griega: Theobroma. (3)

(2) «Obras Escogidas», Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1971, pág. 930.

(3) «Claves líricas», vol. XVI de la «Opera Omnia», Editorial Rua Nueva, Madrid, 1943, pág. 256.